

eterno, por tanto inactivo: «Las personas suelen pensar que la música pop no es poesía. Pero basta escuchar a Bob Dylan para saber que sí lo es. Hay una idea académica de la poesía que es aberrante. Se cree que ésta debe ser una cosa misteriosa, inaccesible o que debe generar interpretaciones para poder ser captada. Eso es una superstición académica».

Más ligero que el aire es una muestra excelente de lo que Enzensberger entiende por poesía moral y de su actitud ética ante el mundo que le toca vivir. Pero también de su sentido del ritmo y de su oído. No en vano, hombre de múltiples paradojas como corresponde a las conciencias astutas, ha llevado a cabo la traducción de Góngora al alemán.

Jaime Priede

El impuro amor de las ciudades*

«Tengo el impuro amor de las ciudades / y a este sol que ilumina las edades / prefiero yo del gas las

* El impuro amor de las ciudades (Notas acerca de la literatura modernista y el espacio urbano), *Álvaro Salvador Jofré, Premio Casa de las Américas 2002, Ensayo artístico-literario, La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2002, 278 pp.*

claridades», dice el soneto «En el campo» de Julián del Casal, quien compone, con Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, José Asunción Silva y Manuel Gutiérrez Nájera, el marco que se ha fijado el profesor granadino Álvaro Salvador Jofré para discurrir sobre la incidencia en la obra modernista hispanoamericana de uno de los motores de la estética decimonónica y finisecular, el de la paradójica relación del artista con la ciudad moderna, «el impuro amor de las ciudades», concepto éste que formula y analiza Charles Baudelaire en su célebre ensayo breve sobre el dibujante Constantin Huys, *Le Peintre de la vie moderne*. El presente volumen propone, pues, una «Introducción», cinco capítulos, un «Apéndice» en el que figura una valiosa selección sobre el tema sacada de la obra de los autores citados; y la «Bibliografía»: «Fuentes», «Obras de carácter general» y otras específicas sobre el tema, constituyendo el conjunto tan sólo una selección, ya que en las notas del cuerpo del ensayo figuran muchos otros títulos, lo cual enriquece la enjundiosa lectura de las reflexiones y de los análisis de Salvador Jofré. Con riguroso método, este autor enuncia propuestas que resultan de análisis de suma eficacia, reserva y honestidad, ya que practica aquello de que nadie posee la verdad real y definitiva. Así, primero, el lector irá descubriendo otras opiniones que se acercaron al tema,

conjuntamente con las que propone el ensayista. Se anticipan las propias voces de los poetas modernistas en breves citas insertadas en el texto, voces que se oirán en el «Apéndice» de manera más amplia. Luego, andando con acierto y tino por los senderos de la contextualización y de la adecuación respecto de la mentalidad que supo construir la estética literaria modernista que da cuentas de la ciudad, se le propone al lector que siga por senderos y matices de lo que Salvador llama «la transformación general del inconsciente colectivo que provoca el tremendo cambio experimentado por las ciudades durante el último tercio del siglo XIX, y que igualmente abre una nueva escenografía para las relaciones interpersonales, un nuevo sentido en la percepción de la colectividad y la subjetividad». El andar metódico y a la vez respetuoso del lector lo induce a éste a que realice una valoración personal y altamente productiva de la cuestión. Justo es reconocer que sólo los ensayos que de verdad cuentan logran un método ensayístico así, poco frecuentes pues, y entre ellos figuran los de Rafael Gutiérrez Girardot, por ejemplo, a quien el volumen le está dedicado. Para lograr rotundamente el análisis, Salvador visita Buenos Aires, Bogotá, La Habana y México, reveladas en su cronología decimonónica por citas breves y por textos recogidos en el «Apéndice» que

ponen de relieve el enfoque: los de un Darío testigo sensible de la nueva realidad, del moralista estético que se nos revela José Asunción Flores, del magnífico cronista que fue Gutiérrez Nájera, y de Julián del Casal, «paseante iluminado» por La Habana y por su siglo. A modo de corolario al análisis, cierra el volumen una interesante serie de fotografías de las ciudades mencionadas en los finales del siglo XIX.

El lector de hoy va recogiendo cómo los escritores modernistas asumen el papel de transmisores y de guías en la modernidad de entonces. Papel que se justifica ampliamente ante la esencia paradójica que nutre la naturaleza misma de la modernidad: el estar hecha de lo pasado, inmutable y tradicional, como también de lo cambiante, de lo que aún no existe totalmente porque no ha vivido la prueba de los siglos. Paradoja reveladora que construye lo nuevo sin romper lazos, lo nuevo como un hijo sabio que hubiese decidido aceptar la experiencia paterna para no perder tiempo en formar su propia experiencia en el propio entorno mental y concreto que es el suyo. Para vivir tal paradoja faltaban guías, críticos y admiradores a la vez ante lo moderno, con quienes aprender a valorar el esfuerzo que consiste en elaborar un alfabeto para nuevas palabras de una nueva belleza, con quienes vivir la experiencia de la nueva belleza. Salvador Jofré mues-

tra, pues, por qué y cómo así lo hizo el modernismo y qué dimensión cobró su logro. La obra modernista, en pleno ejercicio atarácico epicúreo y pirrónico a la vez, camina en elocuente silencio por el misterio de la condición del hombre, como membrana sensible y atenta a las más pequeñas sollicitaciones del entorno, creando obras de y para su tiempo.

Asimismo y a su vez, Salvador nos sirve de guía en esa su doble voluntad, anunciada desde la «Introducción», y que consiste en, por un lado, «aventurar que en la construcción del espacio artístico del fin del siglo, la gran ciudad y sus efectos ocupan un lugar central, incluso imprescindible», y para ello el punto de vista historiográfico y sociológico revela matices nuevos en lo que fue la relación entre escritores modernistas y el nuevo espacio urbano; y por otro, dejar que sean los propios escritores los que nos hablen de ese sueño que fue para ellos la ciudad moderna. Apoyándose en estudios urbanísticos, económicos y sociales relativos a las grandes capitales, unos de la época y otros actuales, siempre reflexionando con ambos, ligando economía, política y estética, poniendo de relieve la relación entre el espacio estético interior (la composición poética) y el espacio exterior (la ciudad en su función social), Salvador elabora su opinión

con objetividad y en compañía de las voces modernistas. El resultado consiste en generar en el lector la empatía que de seguro llevará a muchos a seguirle. El lector atraído por las andaduras de la estética paradójica modernista ante la gran ciudad decimonónica y finisecular descubre que, si ya lo había intuido, ahora lo confirma, los modernistas aportaron una «sensibilidad creadora», que «reinventa la ciudad», incluso en los aspectos «pertencientes al submundo infernal de la ciudad moderna», y en «la manera de vivirla», de presentarla «internalizada», desde «la subjetividad y sin establecer nunca una relación real con ellas». Ahí están, pues, testimonios paradójicos, la obra periodística dariana, la de Gutiérrez Nájera y de Julián del Casal, y la que desarrolla Silva, por ejemplo, en la «Carta abierta a la señora de Portocarrero» y en la novela *De sobremesa*, obra en la que el colombiano y el nicaragüense se reúnen bajo el signo de Des Esseintes, el personaje de *À rebours* de Huysmans, pseudónimo que empleó Darío para firmar sus crónicas en *La Tribuna* de Buenos Aires. Testimonios estéticos que actuaron como reveladores para sus lectores, tal y como, estoy seguro, Álvaro Salvador Jofré habrá logrado con los suyos hoy.

Enrique Marini Palmieri

América en los libros

Diálogos en un tejado, Jorge Edwards, «Crónicas y semblanzas», Barcelona, Tusquets Editores, 2003, 332 pp.

Edwards, nacido en 1931, es un conocido cuentista y novelista chileno que ha adquirido además justa fama como memorialista. *Persona non grata* (1973), un libro censurado por la izquierda a raíz de su versión sin contemplaciones de la Cuba fidelista, es uno de los más agudos testimonios políticos de nuestra época. Y de los más actuales.

De otra parte *Adiós, poeta...* (1990) se volvió un imprescindible y conmovedor testimonio de su relación de muchos años con el poeta Pablo Neruda, con quien compartió como ministro consejero el período en que Neruda fue embajador en Francia, durante el gobierno de Allende. Documento excepcional, por la agudeza de sus retratos, las sabias lecciones otoñales del otrora poeta estalinista y por recrear, con irónica empatía, toda una época a través de esta figura entrañable. Época de dolor y autocensuras, no hay duda, pero también de copiosa y vital poesía.

Ahora esta antología de sus crónicas y ensayos abarca, con pulso bien afinado, lecturas, lugares, res-

cates, polémicas e incidentes, como el caso, por ejemplo, de la detención de Pinochet en Londres, por quien, a fuer de buen escritor, es también diplomático de carrera y abogado experto en ciencia política de las universidades de Chile y Princeton.

El libro cobra así un valor añadido pues no sólo habla de Maquiavelo, Víctor Hugo y Wittgenstein, con información ya decantada y curiosidad por aprender, sino que también Azorín, Nicanor Parra, el muro de Berlín y las torres gemelas conviven en su mirada abarcadora.

Es el carnet de un escritor, vivo ante el mundo, y la reflexión moral de un chileno, que opuesto desde un primer momento a la dictadura de Pinochet, afronta las conflictivas perplejidades de una transición democrática cercada, a derecha e izquierda, por extremismos ciegos, pero no por ello menos capaz de hacerse justicia a sí misma, en su autónoma madurez.

Libro reposado, como una buena charla de sobremesa, con licores y anécdotas, de quien ama París por sobre todas las cosas, es también un sagaz e independiente análisis de las relaciones, a veces tan desiguales, estereotipadas y paternalistas,